Algunos relatos: "La luz que tiritaba"

Samuel Linares

Image not found.

Capítulo 1

La luz que tiritaba.

Para Irene, por mantenerme en mis cabales.

lloraba. lloraba demasiado, y demasiado fuerte. era un estrépito capaz de provocar avalanchas. trataba de librarse de las esposas mientras los guardias le traían a la celda. me dieron la orden, y, todavía paralizado y con el cigarrillo medio cayéndose de mi boca, apreté el botón verde que abría la puerta. trataba de librarse de las esposas, pero sólo conseguía hacerse roces, rasguños, abrirse la piel, llamar a la sangre,

Más sangre,

pues era sencillo imaginarlo cubierto de ella. era sencillo imaginar su cuerpo sumergido en una bañera llena de la esencia, con su porcelana fría; sin pasión.

sentí angustia. una angustia que se apoderaba de mí, que me tragaba en las paredes de hormigón grises iluminadas por tristes luces de neón en el techo que tiritaban como si fueran presas del frío; me tragaba junto a los llantos de aquél preso que venía en su primera y última visita al corredor de la muerte, acompañado de tres policías armados que lo sujetaban utilizando toda la fuerza que sus brazos le permitían; me tragaba junto con la mirada angustiada y agobiada de la doctora vestida con prendas de calle baratas y paso fúnebre; me tragaba junto con todo aquél lugar que se me escapaba de las manos igual que a un anciano el

tiempo.

el cigarrillo cayó de mi boca y no lo sentí hasta que comenzó a quemarme la pierna a través del pantalón del uniforme azul. me levanté de golpe y todos se giraron. la doctora clavó en mí sus ojos marrones sin ninguna clase de brillo y pude ver unas bolsas que pareciera que sujetaban el peso de mil lágrimas, extendiéndose hasta la mitad de su pequeña y juvenil nariz. los guardias me miraron con mala cara, casi incisiva, y bajé la mirada para apagar el cigarrillo en el cenicero. el humo azul del tabaco se convirtió en cenizas grises contra el cristal y escuché el sonido de las rejas de una celda abriéndose, a los guardias ordenando al preso entrar, pegándole empujones porque no hacía caso. la doctora pedía que no lo empujaran, pero la violencia de los guardias hacía muda su voz.

encendí otro cigarrillo y me levanté. los dos guardias salían y con una voz que parecía que venía de muy lejos me dijeron sin detenerse:

-Vigílalo, es su última noche.

pero apenas les presté atención. volvieron a cerrar la puerta al salir y yo caminé por el angosto pasillo que conducía a su celda, donde lloraba aún más estrepitosamente. la doctora estaba allí, sentada en una silla de madera, frente a las rejas, fumando también un cigarrillo. levantó los ojos cuando me detuve delante de ella pero con indiferente gesto volvió a mirar hacia su nada. el humo le salía de la boca como si se escapara de una hoguera en la que hay docenas de almas ardiendo, sufriendo. salía triste para fusionarse con el aire y jamás volver a entrar o rozar si quiera el cigarrillo. parecía que trataba de abstraerse a algún lugar que sólo ella conocía, y durante algunos intervalos de segundo parecía que lo conseguía, porque el espectro de una mueca ahogada se removía en sus labios y los arqueaba levemente para formar una sonrisa, pero no duraba mucho tiempo.

-¿Tiene usted permiso para estar aquí? – pregunté, aunque era obvio que lo tenía, porque sino los guardias se la hubieran llevado con ellos.

sacó del bolso de falso cuero negro una tarjeta de identificación que mostraba sus credenciales como doctora. sostuve el carnet plastificado en mis manos, observando la borrosa fotografía en la que las protuberancias que sostenían las lágrimas de sus ojos en forma de ojeras no aparecían. era psiquiatra en una institución mental de la ciudad.

-Yo era la que lo trataba. – pronunció, con voz cansada y triste. aspiró la última calada del cigarrillo y tiró sin ningún reparo la colilla al suelo. – Yo era la que debía evitar que sucediera algo así.

le devolví el carnet plastificado y ella lo guardó en su bolso. me acerqué a la celda y no pude creer que estuviera tan oscura. sólo podía adivinarse la forma del preso, acurrucado en la esquina con menos luz del pequeño cubículo, en el suelo, tiritando y gimiendo. la luz blanca se reflejaba en un charco de lágrimas que estaba formándose a su alrededor.

-Se llama Lucy. En la institución lo llamaban simplemente el Llorón. – dijo, encendiendo otro cigarrillo.

Lucy era nombre de mujer.

-Cuando tenía nueve años, una noche de invierno, apareció en la puerta de la institución completamente manchado de sangre, con una mochilita en la que habían media docena de conejos muertos, y una fiambrera en la que estaba escrito a rotulador negro permanente “Lucy”. Nunca encontraron a sus padres. Sólo podíamos suponer que habían renegado de la naturaleza de su propio hijo. Desde eso mismo día, en el que me lo asignaron, no paró de llorar. Todos los días, a todas horas. A veces sólo gemía. Casi nunca hablaba. Los momentos de lucidez no existían para él.

dí una calada y la miré.

-¿Por qué está aquí? – pregunté.

su expresión se tornó más triste aún.

-Homicidio triple.

dos palabras secas que se introdujeron en mi piel erizándome los pelos de la nuca. tiré la colilla de mi cigarrillo al suelo de su celda; rebotaba produciendo chispas naranjas que iluminaban la escena y la hacían más melancólica e inquietante. no pareció darse cuenta. la doctora se levantó, y echó a andar hasta el final del pasillo.

-¿Puede abrirme la puerta?

-No lo creo. Debe permanecer aquí. – respondí, caminando hacia mi mesa.

-Sólo quiero ir a por un café. Le traeré uno. –

observé su gesto. su voz sonaba más triste y apagada a cada palabra que decía. la cabeza le pesaba sobre los hombros formando una ligera chepa que fácilmente podía confundirse con vejez. pero no era una mujer vieja. no sabía qué era lo que me conmovía de ella. sus labios resecos que en algún momento debieron haber estado pintados, deseosos de placer, apasionados, y puede que incluso enamorados. unos labios que ahora sólo eran un espectro que decaía por momentos. unos labios que se arqueaban con fantasías que, o bien sucedieron, o bien no sucederán jamás. los labios de una mujer débil afrontando todo el dolor que se cernía sobre ella como una lluvia de clavos que la golpeaban, la clavaban, la destrozaban.

era, sencillamente, conmovedor.

-Está bien. – dije finalmente.

pulsé el botón verde y un pitido de confirmación acompañado de una bombilla roja saltaron en la parte superior de la puerta. ella reaccionó al instante y salió. me senté en la incómoda silla y me recosté, mirando hacia el techo, escuchando a Lucy el Llorón apenas a diez metros de mí, encerrado en una celda cuyos gruesos barrotes de acero negro separaban su vida de mi muerte.

y no podía evitar pensar en Lucy el día que llegó a la institución, cubierto de sangre de animal tan resplandeciente como la sangre humana, con su fiambrera de colores y su mirada inocente. la persona que abrió la puerta tuvo que impregnarse también de su sangre, pues lo debió haber cogido en brazos, conmovido como yo de la doctora, de su triste dicha; la huerfanía. debió haber sostenido su cuerpo mojado por alguna de las lluvias que lo abatió, debió haberse empapado de alguna de esas tormentas oscuras, y en mi mente se formaba la vívida imagen de las gotas de agua teñidas de la roja sangre de los conejillos, resbalando de los brazos de Lucy hasta los de su prójimo, bañándolo en sangre, en

Más sangre,

y tuve que incorporarme porque la angustia estaba volviendo a mí como un cruel invierno.

Lucy. escuchaba los llantos de Lucy a diez metros, pero sonaban desde mucho más cerca. me sentía como uno de los bedeles del ala de aislamiento de la penitenciaría en la que trabajaba, recorriendo las redes de silenciosos pasillos con puertas a ambos lados en los que realmente dudaba que incluso el ser más indigno pudiera sobrevivir. las paredes de hormigón eran claustrofóbicas y, en su extensión aparentemente kilométrica, parecía que se iban haciendo más estrechas, hasta el punto de quedar atrapado en una habitación en la que pudiera llorar como él sin que nadie me pudiera escuchar. el sentimiento monocromático se hacía

tan tangible que en mi angustia y mi imaginación olvidaba los llantos del Llorón y la conmovedora imagen de la doctora, de su gesto preocupado y de sus tristes palabras acerca de su paciente, y sólo pensaba en si dentro de esas habitaciones habría alguna oreja escuchando, o algún ojo viendo por mirillas imaginarias mis pasos, alguien que de repente abriera la puerta, se acercara a mí como si estuviéramos en una biblioteca, y me susurra al oído...

-¡Oiga! ¡Ábrame!

la doctora estaba de vuelta con dos cafés en vasos de plástico color beige, con el ceño fruncido y su bolso colgando. volví en mí y pulsé automáticamente el botón verde. la puerta se abrió y la doctora dejó el vaso humeante en mi mesa. venía con una cucharilla también de plástico para remover.

-¿Ha hecho Lucy algo durante mi ausencia? ¿Ha dejado de llorar, a tratado de comunicarse con usted?

le miré confuso.

-Se suponía que tenía que vigilarle.

en unas horas Lucy iba a estar en la silla eléctrica. cogí el café, lo removí, y me arriesgué a preguntar:

-¿Qué hacía Lucy fuera de la institución?

ella volvió a lanzarme una de sus miradas frías y tristes. sorbió café y pasó lentamente la lengua por los labios resecos para limpiar los restos marrones que el café pintaba sobre ellos.

-Había una de esas familias que pretendían encargarse de personas como Lucy. Donaban dinero, ropa; personas ricas y mayores que no tienen otra cosa en la que gastarse su capital. Lucy les conocía. Habían ido a verle y tenían una buena relación, Lucy no lloraba apenas cuando estaba con ellos. Supongo que se conmovieron por él. – Volvió a sorber café y yo imité su movimiento. – Pensamos que sería buena terapia para él ir a verles a su casa, salir de su habitación, sentir el aire del que le privaba su locura. Pero hay ciertas cosas que se deben tener en cuenta con él. Los vehículos le ponen nervioso, así como la música, y, lo peor, las ventanas. Era obsesivo. Nunca llegué a comprender qué era lo que hacía que Lucy tuviera esa obsesión por las ventanas. Veía una, y reaccionaba violentamente, muy violentamente. Ya cometimos una vez ese error, y una de las internas quedó gravemente herida. El caso, es que la familia que pretendía encargarse de él hizo caso omiso de algunas instrucciones, entre ellas esta. Y Lucy saltó por la ventana, era un dúplex en un barrio de bien, y se metió en la casa de los vecinos. Una familia, una madre, un padre, y una niña. Ya podrá imaginarse el resto.

miré el vaso de café fijamente, removiéndolo para formar un molinillo del líquido marrón. sus llantos sonaban ahora más terroríficos que antes. miré a la doctora, que me miraba. su cara se arrugó tratando de contener unas lágrimas que ya estaban saliendo, y fue corriendo hacia la celda. yo me levanté y corrí tras ella. se echó a llorar, tirada, frente a los barrotes, observando en la oscuridad a Lucy. pero él no parecía reaccionar.

-¡Lucy! – gritaba, entre llantos. - ¡Lucy! ¡Mi Lucy! ¡Por qué...! ¡Por qué...!

traté de levantarla, de sentarla en la silla, pero sus uñas se clavaban en mis brazos haciéndome daño.

-Señora, señora. – le decía. – Tranquilícese.

-¡Le quiero como a un hijo! ¿Cómo me pide que me tranquilice?

ahora habían dos personas llorando en la sala y todo se tornaba agobiante. llamé por radio a algunos policías para que la sacaran de allí, y entre gritos y negativas, consiguieron sacarla, dejando de nuevo a solas con él, frente a él.

el pitido y la luz roja que habían sobre la puerta cesaron y los gritos histéricos de la doctora se fueron apagando a medida que iban cruzando el pasillo. entonces todo se quedó en silencio. un silencio pegajoso como la savia de un árbol muerto. me quedé allí, mirando como en la oscuridad Lucy permanecía en la misma posición que antes, sin alterar sus llantos, sin decrecer su agonía, y quise tener un mínimo de empatía para encerrarme con él allí dentro y sentir lo que sentía, llorar sus lágrimas. pero no pude. lo observaba acurrucado y lo único que sentía era miedo. un miedo que me tenía inmovilizado frente a los barrotes de negro acero.

-Lucy... – susurré. – Lucy, levántate, y sécate las lágrimas para poder pronunciar unas palabras.

mis ojos permanecían clavados allí, lánguidos, hipnotizados.

-Lucy... – repetí, en un susurro.

-Estoy tan triste...

fue una voz de ultratumba. clara y grave, poderosa, digna de una especie de dios o de un mesías. sonaba melodiosa y pura, limpia, expresiva, una voz real. en mi desconcierto, Lucy, que hasta ese momento había permanecido en la oscuridad, se levantó, y dio unos pasos hacia delante para que pudiera observarle. tenía el pelo largo y ajetreado, una barba de tres días, casi rubia, que daba a su rostro unas facciones melancólicas. portaba sobre su torso un jersey grueso de lana, a rayas blancas y negras, como un piano desafinado en el que todas las sinfonías hacen caer lágrimas entre las teclas, pero en esas teclas lo único que brotaba era sangre, espesa, una sangre que me era fácil imaginar

acartonándose entre los millones de hilos que tejían su locura. me miraba con unos ojos sin brillo y unas profundas ojeras rojas como las hojas de un árbol enfermo que se marchita lentamente.

-¿Por qué estás triste? – le pregunté.

-Voy a morir. – respondió, sin más. – Y ni siquiera he podido estar vivo.

se acercó más a los barrotes, y los cogió con sus manos sucias y sus uñas ennegrecidas por la sangre seca.

vi sus ojos más de cerca, con sus ojeras rojas y su gesto. me miraba directamente a mis ojos atónitos ante lo que estaba observando.

-Sé bien lo que es sentir la muerte. – dije. – o lo que es peor, la ausencia de la vida.

habían lágrimas secas que hacían brillar sus mejillas.

-Sólo destrozaste algo que amabas.

me miraba, y, sin dejar de hacerlo, una lágrima, una gota perfecta que brillaba bajo el neón blanco, se deslizó lenta y fríamente por su cara, hasta llegar al cuello.

-No es un delito.

sus labios no temblaban.

-Es sólo un deseo.

Lucy.

volvió a entrar en su oscuridad, a encerrarse, y yo lentamente saqué un cigarrillo de la cajetilla que guardaba en el bolsillo de la camisa, e iba a mi mesa. lo mantuve en mi boca unos instantes, sin encenderlo. me senté en la silla, coloqué las piernas en la mesa, y cerré los ojos.

me sumí en un sueño en el que podía observar a Lucy asesinar a aquella familia, con lágrimas en los ojos, degollando a la madre después de abrazarla fuertemente, apuñalando a la hija tras imaginar que jugaba con ella al pilla-pilla, y, por último, decapitar al padre por no saber quererle. la ventana estaría abierta y una suave brisa haría mecer las cortinas, manchadas por las huellas de Lucy al entrar. el sofá tirado en el suelo, quizá manchado de sangre, o rajado por algún navajazo colateral. la televisión encendida, mostrando algún show o las noticias. los cuadros de la familia inclinados hacia los lados por las vibraciones en el suelo de semejante situación. los pastelillos cociéndose en el horno. Lucy en medio de todo aquello, con el cuchillo en la mano temblorosa, jadeando y sollozando, envuelto en sangre, en

Toda la sangre

que sus deseos y fantasías provocadas por el dolor habían causado.

desperté porque uno de los policías dio un porrazo en la mesa y gritó mi nombre. se estaban llevando a Lucy. me incorporé enseguida y observé como iba tranquilo, sin patalear ni forcejear, con su jersey a rallas negras y blancas caminar lentamente escoltado por los policías. me miró a los ojos y se detuvo.

-Dígale a la doctora que fueron los perros los que degollaron a los conejos. Que yo sólo trataba de socorrerles en aquél hospital.

y se marchó hacia su muerte, sin una sola lágrima más que pudieran derramar sus ojos.